

PRÓLOGO A LAS "MEMORIAS" DE LERDO

Adolfo CARRILLO

EN PASSANT

Si bien estas "Memorias" no fueron *literalmente escritas* por don Sebastián, reflejan no obstante sus opiniones sobre hombres y cosas, manifestadas con frecuencia en pláticas que él tuviera con el autor de ellas, quien no hizo más de glosar en forma literaria los conceptos del eximio patricio mexicano. No deben, pues, considerarse como apócrifas en el sentido propio de la palabra y, por lo mismo, si algún valimiento histórico tienen, débese tan sólo el haber emanado del docto criterio de un hombre, que conoció como ningún otro la psicología de sus tiempos.

La tersura idiomática del señor Lerdo puede decirse que fue fotografiada en sus *Memorias*, cuyas páginas cintilan en donosas y cristalinas frases. Con aterciopelada suavidad supo fustigar y arrojar del templo de la Democracia a los mercaderes y fariseos que en hordas hambrientas habían mancillado su recinto.

El solo hecho de haberse anunciado una nueva edición de las *Memorias* de Lerdo de Tejada, con un prólogo informando de cómo aconteció que yo las escribiera, dio margen a la prensa reaccionaria para hacerme blanco de calumnias e insultos, que por su malevolencia misma y rastrera mendacidad no me tocan, ni mucho menos amenguan, mi límpida honradez.¹

Empero, no debo dejar pasar desapercibido el doloso embuste de que yo "he estado y estoy en la miseria por haberme abandonado el Gobierno emanado de la Revolución Constitucionalista". En verdad, desde el momento en que los ideales revolucionarios adquirieron forma tangible de gobierno, éste nunca me ha desamparado, demostrando que ha sabido estimar a los hombres que sufrieron persecuciones por el triunfo

de esos mismos ideales. Mas de ahí, a vivir en la holganza y la opulencia, existen hondas diferencias: un escritor de combate como yo, acostumbrado a la vida bohemia y sus correspondientes zozobras, estaría fuera de su elemento bajo techos palaciegos y girando en automóviles. Mientras que así, subsistiendo con modestia y desahogo, puede afirmarse que me encuentro en mi propia atmósfera y del todo tranquilo, por tener la certidumbre de que mientras la administración constitucionalista aliente, mi futuro material se encuentra asegurado.

Por una de esas perversas ironías del Destino, muchos de los matones de pluma que gallardearon la librea porfiriana, hoy se han colado en los ministerios del gobierno, surgido de la Revolución Constitucionalista, llegando arrastrándose como lo tienen por hábito a las puertas de la secretarías, agazapados tras de los bufetes; esos fósiles de gangrenados cerebros, hoy me arroja puñados de cieno a mí, a quien indirectamente deben el sustento, por haber contribuido yo tanto al triunfo final de la Revolución Constitucionalista. Con el cinismo que les es característico, esos *condottières* de albañal, me acusan de haber hecho chantaje, el mismo cargo que formulaban contra Filomeno Mata, Pino Suárez y Serapio Rendón.

¡Qué imbéciles! Si yo hubiera ejercido ese sistema, en el cual ellos han sido y son maestros, habría llegado a ser senador porfiriano y hoy un capitalista manchado de pie a cabeza, pero rico al menos. Mas careciendo de esa virtud chantajista, muy propia de reaccionarios y de científicos, hoy vivo en la pobreza, lo que es un crimen para los hombrecillos nacidos al calor de los asesinatos de Veracruz y el cuartelazo de la Ciudadela.

EL EREMITA DE LENOX-HOUSE

Como un testimonio de perdurable gratitud, dedico estas *Memorias* al señor licenciado y general don Aarón Sáenz, secretario de Relaciones Exteriores. El presente folleto fue escrito por mí, meses después de haber fenecido, en Nueva York, el señor Lerdo de Tejada y publicado por primera vez

en *El Mundo*, semanario que por aquel entonces editaba en Laredo, Texas, el doctor y general don Ignacio Martínez, quien fue asesinado después en los alrededores de la población por un grupo de esbirros, pródigamente remunerados por el extinto matón Bernardo Reyes, califa por aquella época del heroico estado de Nuevo León.

De cómo aconteció que yo lo escribiera, paso a referirlo, con la brevedad que me sea posible, absteniéndome de citar fechas precisas, por haber escapado a mi memoria, dado el tiempo transcurrido. Durante la segunda administración paternalista del general Díaz, salí desterrado de mi país, al cabo de haber residido por algunas ocasiones, si bien involuntariamente, en la cárcel de Belem,² donde solía habitar también en compañía de algunos otros periodistas el mártir Filomeno Mata. Con una escolta al mando de un capitán Malpica, fui conducido de la capital de la República al puerto de Veracruz, donde fui embarcado para Nueva York en uno de los vapores de la línea Alejandría.³ Desembarcamos en la metrópoli yankee a principios de febrero de 188[6?] en los momentos en que azotaba a la colosal urbe furioso temporal de nieve. El pagador del buque, señor Solignac, me echó en hombros su abrigo para protegerme de la intemperie, llevándome a hospedar al Hotel América, situado en la calle Catorce.

Informado el señor Lerdo de Tejada de la situación angustiosa en que yo había venido, ofreciome alojamiento en el Lenox-House, donde él había venido residiendo desde su arribo a los Estados Unidos, y durante los nueve meses que viví en Nueva York gocé de su generosa hospitalidad, amparado por de pronto de la miseria. Una vez a su lado, tuve el privilegio de tratarle y empaparme de sus modismos, acumulando en la mente multitud de anécdotas, que él tuvo a bien referirme, especialmente las tocantes al licenciado Manuel Romero Rubio, su compadre y ministro, y a otros judas distinguidos en que él tanto confiara.⁴

HABÍA EN EL TEMPERAMENTO de don Sebastián cierta fuerza espiritual que se imponía y avasallaba, deslumbrando a veces

con los fulgores multicolores que de su magno cerebro surgían, bañando en luz los problemas más densos y oscuros, que cristalizaba en una sola frase. Era el Benvenuto Cellini de la palabra; verba artística, refinada, de cadenciosa estética, por decirlo así. Cuando hablaba había en su faz el sereno reposo de un filósofo griego, aún al discutir materias de la naturaleza que tanto encantaban al erótico Aristófanes, que hacía girar el universo en la circunferencia de los senos de una mujer.

Y lo que más había de admirarse en su alma pitagórica, era la ausencia de odios personales o políticos, aun contra los mismos que lo hubieron condenado al calvario de su prolongado exilio.

A sus enemigos y contemporáneos solía definirlos con un epigrama o una salida de gráfica mordacidad.

Refiriéndose al general Díaz, decía: "Es un apache empollado en el huevo de un cocodrilo oaxaqueño." A su compadre y ex-Secretario de Gobernación, Romero Rubio, flagelaba en esta frase: "Un jesuita de gorro frigio, con el alma de un Picaluga." Aludiendo al general don Vicente Riva Palacio, exclamaba con amarga sonrisa: "Es un literato sin ideas y un político sin convicciones." En cierta ocasión le hablé de don Guillermo Prieto, manifestándole que en mi concepto él era uno de los tipos nacionales que con mayor brillo habían descollado en la época de la Reforma. Oído lo cual, don Sebastián sonrió con languidez de Patricio, murmurando después de encender uno de sus perfumados cigarritos veracruzanos: "¡Hombre!, 'Hombre!, Prieto más que un poeta y estadista, es una lágrima. Su elocuencia es la del llanto, mas en el fondo es un Asmodeo."

Con frecuencia, y víctima de nebulosas nostalgias, el ilustre proscrito enceldábase en su lujosa habitación, sin ver ni hablar con nadie, a solas con sus recuerdos y las pulsaciones de su herido corazón. Esos sacudimientos patológicos prolongábanse semanas enteras, terminando luego en aleteos de cóndor desencadenado. De los pensadores norteamericanos, el único que le interesaba era Emerson.

La idea propiamente reflectiva, es agena al carácter bullicioso de estas gentes. Son hombres de acción, no de meditación. A mi juicio, Emerson es el buzo de la idea. Sus concepciones en todas

materias son abismales. Hay mucho de austero en su filosofía, que me recuerda los silogismos de Pascal y de Montaigne. Tiene su pluma la virilidad de un Nietzsche sin sus brutalismos y crudezas. Emerson es una perla que brilla en el estercolero comercialista de los Estados Unidos.

EL BUITRE BUSCA AL ÁGUILA EN SU NIDO

Verano o invierno, don Sebastián abandonaba el lecho a las ocho de la mañana, surgiendo en su privado comedor en bata de baño y lustroso de semblante. En su mesa había siempre un ramo de violetas y de rosas, en un jarrón de porcelana china, esculpido de episodios eróticos marcadamente orientales. Desallunaba [Desayunaba] con suma parquedad; el inevitable chocolate, un vaso de leche y un par de huevos pasados por agua, y como epílogo digestivo una copita de coñac. Dirigíase a veces a su pequeña biblioteca escogiendo a veces, y para pasar el rato, ora la *Ifigenia*, de Eurípides, ora bien el *Tartufo*, de Molière, o *Mlle. Fifi*, de Maupassant. Y con el cigarrillo en sus delicados dedos, ensimismábase en la lectura, centelleándole de cuando en cuando los redondos y pardos ojillos.

Un día sorprendile con lápiz en mano anotando los epigramas de Nietzsche, y tornándose hacia mí díjome:

Ese germano es un loco sublime, pues dice que es más difícil encontrar un buen amigo que un pez en el Rhin. Los hombres somos así, ingratos, aún para nosotros mismos. Con todo y eso a mí me quedan todavía algunos buenos amigos. Uno de ellos es don Agustín Pesqueira, con quien me ligan afinidades espirituales y políticas y aún creo que vínculos temperamentales. Y cuando me visita, creo que mi mente se refleja en la suya, en misteriosas identidades. No debe conocerlo usted, pues es uno de los altivos que han gravitado fuera de la órbita rojiza del llamado héroe de Teacoac. Y a propósito de esa escaramuza, de la cual don Porfirio gallardea tanto, el Sr. Pesqueira dice que fue tan sólo "Una borrachera de indios".

Luego continuó:

El patricio sonorenses es de conversación *eticelant*, condensando en una sola frase la sal ética de un Heine. Él me informó que el

Sr. Díaz ha creado una nueva aristocracia: la del *cacle*; y que sus miembros, si bien oscuros y trigueños por el momento, resurgirán a los fines blancos y azulados, pues se están dando baños de leche por fuera y baños de pulque por dentro. Me dice también que el bizarro General se pinta las canas, y está tomando lecciones de francés. Vaya una ocurrencia! En verdad, el francés es de un laconismo termidoriano: se presta mucho a las órdenes de fusilamiento. Así lo confesaba Napoleón en su destierro de Santa Elena.

“¿Es cierto —pregunté una vez ai Sr. Lerdo— que don Porfirio y su suegro Romero Rubio estuvieron en una ocasión a visitar a usted?” Don Sebastián sonrió socarronamente y encarándose con su *valet de chambre*, Higinio Espinosa, que en esos instantes entraba, llevándole dos capitas de coñac, díjole: “Cuéntale al joven lo que pasó entonces, Higinio, con ese genio inconsciente que te es genial y tú sabes derrochar a manos llenas.”

El *valet* había encalvecido al servicio del ilustre desterrado y en su apariencia craneológica semejaba un Darwin [*sic*] vagando en la Isla de Tortugas. De la frente al cerviguillo no había un solo cabello y por eso las moscas neoyorkinas jugaban a foot-ball con tenacidad irritante, en su marfilina mollera, resbalando y aleteando jubilosas, o bien tendiéndose lánguidas y perezosas a dormir la siesta. Higinio llamaba a don Sebastián *El Señor* y prefería ser llamado su secretario y no su mozo, en cuya calidad había venido a New [York].

Sí señor, principiare por el fin si a usted le parece. Una mañana, cuando yo cepillaba la ropa de *El Señor*, llamaron a la puerta dos caballeros: uno muy alto y prieto; el otro, gordinflón y blanco. Les pasé sus tarjetas que decían: General Porfirio Díaz, Lic. Manuel Romero Rubio.

—*El Señor* se puso de pie, exclamando exasperado:

—¡Qué desvergüenza! ¡Parece increíble! ¡Diles que no estoy en casa!

Les di el recado y se fueron refunfuñando. Pero al día siguiente volvieron a la carga con idéntico resultado. Temeroso de un cuartelazo, *el Señor* puso en cuarentena su habitación emparedándose a piedra y cal. Cree usted que se retiraron con la cola entre las piernas, como suelen decir en mi tierra? ¡Nada de eso! Regresaron y yo tuve que decir la verdad. ¡El Señor nunca más los verá! Fue entonces cuando se alejaron dejando tras sí una

estela sulfurosa. ¡Anás, el suegro de Caifás, fue el instigador de esa visita intempestiva!

Comentando ese penoso incidente, decía don Sebastián, jugueteando con la cadenilla de su reloj, de la cual pendían dos calaveritas diamantinas: "No hay que culparles. Acaso se hacen guantes de seda con las orejas de un cerdo?"

EL TÁCITO DE LENOX-HOUSE

Además de humorista, don Sebastián era un excelente memorista y conservaba frescos en su fecunda mente a los hombres y las cosas del inmediato o remoto pasado.

Iturbide —decía— fue un asno con orejas de lobo. A Valentín Gómez Farías lo delineaba así: Don Valentín fue el epiléptico de la Reforma. En su alma y en su trato había mucho de un Felipe II. En sus viajes a Jalapa gustaba de rodearse de una corte de resplandecientes parásitos, sin faltar en ella el Rigoletto Republicano.

Con el bisturí de su radiosa inteligencia, disectaba la personalidad de Miguel de Miramón con esta sentencia bismarkina: "Un Cóndor con alas de murciélago."

Deberé advertir que el Sr. Lerdo gustaba mucho en sus lapidarias definiciones de emplear símiles zoológicos, y para él, nuestra Historia venía a ser una especie de Jardín Botánico, rebosante en fauna que aparece en escena, gesticula y desaparece, dejando a su paso luces y sombras. "Comonfort —opinaba— fue el Kangaroo de la Guerra de la Reforma: daba un brinco para adelante y dos para atrás."

Por aquella época fungía como cónsul de México en Nueva York el señor Juan U. Navarro, un anciano patriarcal y de viril aspecto, y partidario incondicional de los hombres de Tuztepec [*sic*]. En sus pláticas con él, don Sebastián se ufanaba en alfilerrear a los pigmeos del porfirismo.

Fernando Maximiliano había causado buena y honda impresión en el ánimo de don Sebastián.

Fue un Edipo germano —decía con voz acariciadora y queda—, una oveja entre lobos, un cisne en parvada de cuervos. Al castigarle

la República, castigó en él la fórmula monárquica, no su personalidad. Así, el Sr. Juárez, como yo, creíamos que el Archiduque se acobardaría frente al patíbulo. Mas ambos nos equivocamos. El General Escobedo me decía que Maximiliano se desplomó en el Cerro de las Campanas, con la serena gracia de un gladiador romano.

De la rebelión tuxtepecana que le empujara al exilio decía:

Fue una guerra de personalidades, nunca de ideales. Y su éxito fue debido a tres causas principales: al espíritu del militarismo predominante en el país desde los tiempos de Santa Anna; a la desmoralización en el ejército y a las perniciosas intrigas de los que medran con las revueltas, por descabelladas que éstas sean. Los sediciosos exigieron como bandera la *no reelección*, simplemente en la mira de justificar su magno crimen. Mas en el fondo no fue más de la lucha entre la fuerza bruta de la barbarie, contra la civilización y contra las leyes. Esa insolente rebeldía trajo consigo mismo los gérmenes de la dictadura. Ya lo está presenciando usted: después de un interregno carnalesco, ya tenemos a don Porfirio otra vez en el poder y permanecerá en éste hasta caer desecho en las garras de la senectud. Quizás yo no tendré el dolor de asistir a esas luctuosas postrimerías que ya presiento como un desenlace inevitable y lógico.

De algunos de sus generales, don Sebastián atesoraba gratos e indelebles recuerdos:

“Alatore —decía— es un Bayardo: sin miedo y sin tacha. Sé que ahora vive en una pobreza espartana, pero con la hidalga dignidad de un Chevalier de la Fronde.” Aludiendo una vez al general Sóstenes Rocha, se expresó así:

—Rocha, como Grant, es un héroe alcoholizado: en la acción de la Bufa, apenas podía sostenerse en el caballo. El olor de la pólvora y del tequila lo transfiguraban. Lo mismo jugaba con las balas que con las botellas. ¡Es un bruto sublime! ¡Más bien espiritual que espiritual!

AMORES DE CREPÚSCULO

Temeroso de convertirme en un parásito de las bondades del eximio proscrito, obtuve la amista[d] de Pepe Martí,⁵ el libertador de Cuba, un modesto empleo como traductor del

francés, en la famosa casa editoria[l] de Appleton y Co., situada en Bon[d] St., que cruza la de Broadway. El Jefe del Departamento español en ella, era entonces el doctor García Purón, a quien Porfirio Díaz había aplicado el artículo 33 considerándolo como extranjero pernicioso. Ese humilde puesto dióme ocasión de intimar con Martí, pues todos los días almorzábamos juntos y en los ratos de ocio nos hacíamos mutuas confidencias. Paréceme estarle viendo todavía: chiquitín, tristón, taciturno, pensativo, de andar lento, abrumado con la pesantez de su abrigo gris que llegaba hasta los talones. En la calle nunca soltaba el paraguas, ni un paquete de libros bajo el brazo derecho. Los domingos los pasaba con él en su cuartucho, en la Sexta Avenida. En sus luminosas pláticas jamás perdió la fe en la emancipación final de la Perla de las Antillas. Hubo veces en que estuvo en peligro de ser envenenado por agentes secretos de la Capitanía General de Cuba y por eso solía cocinar sus propios alimentos, o cambiar de continuo de restaurant.

Varias veces el general don Sabás Marín, capitán general de la Isla, por aquella época, procuró por dádivas cuantiosas, el asilenciar su pluma revolucionaria, que desde el ostracismo hacía temblar de pavor a la burocracia de la península ibérica. De La Habana, Matanzas y otras muchas ciudades y provincias cubanas, recibía voluminosa correspondencia bajo un nombre supuesto. Máximo Gómez y Antonio Maceo solían visitarlo clandestinamente, organizando desde Nueva York las periódicas insurrecciones que sacudían la inquieta Perla de las Antillas.

Un tormentoso domingo de marzo que ya tocaba a sus fines, ofrecí a Martí el presentarlo con el señor Lerdo. Los copos de nieve descendían tupidos, entoldando la atmósfera en siniestras opacidades. Los estrepitosos ruidos de la metrópoli habían amenguado, transitando vehículos y gentes en blancas y suaves afombras, sudarios del espíritu.

Al llegar a Lenox-House, recibiónos en la antesala el discreto *valet* Espinosa, quien al vernos, llevóse un dedo a los labios, indicándonos silencio. Por su misteriosa actitud que semejava la de un fauno en acecho de una ninfa, supusimos

que algo solemne e íntimo acontecía, allá en los adentros donde languidecía el eminente estadista jalapeño.

—“¡Chist! —murmuró Higinio, acariciando con su gran pañuelo rojo la marfilínea calva—. El señor está con su novia, la señorita Lila Haley...! No puede recibir en estos momentos.

—Pues aguardaremos. ¡Don Higinio, tenemos tiempo sobrado para esperar!

Advertiré que nada agradaba tanto al mozo como el que le llamaran *don* o *mister* y complacido por la dudosa distinción, avivó el fuego de la chimenea, echándole más carbón y apresuróse en seguida a servirnos un vaso de oporto, escamoteado de la bodega, nunca vacía y siempre llena, del sibarita señor Lerdo. Pero el hecho es que Martí, así como yo, ardíamos en curiosidad por conocer a la enjaulada golondrina de invierno. Es que entre los miembros de nuestra colonia ya se susurraba algo sobre las dulces conferencias a la cardenal de Rohan, tenidas *sub-umbra* por el *Man who Was* de que nos habla Kipling.

El erótico mitin prolongóse hasta las seis de la tarde en los momentos en que las luces de la Quinta Avenida ahuyentaban a las sombras nocturnas en combustión de palpitantes resplandores y coloridos. ¿Quedó por ventura satisfecha nuestra curiosidad de exóticos vagabundos? Lo único que vimos fue un torbellino de sedas y encajes, cintilar de diamantes, y un perfil de alabastro envuelto en un nimbo de perfumes. El altar de Venus Citerea había sido consagrado sirviendo al acólito un Cupido de alas marchitas y flechas embotadas...

Martí y yo nos detuvimos en el dintel: después de la presentación, los dos eximios intelectuales cambiaron recuerdos e impresiones. El libertador isleño quejóse amargamente de la rapacidad de los capitanes generales; de la prostitución de la burocracia ibera y de la esclavitud, peor que la feudal, en que se hallaban sumidas las masas cubanas. A lo cual don Sebastián replicó con esa voz reposada y cadenciosa, en frases que sin lastimar laceraban por ser inexorablemente lógicas.

Y ¿qué dice usted de los virreyes, con los cuales la monarquía española flageló por siglos a México; de las hordas de clérigos y de

monjes, de publicanos y oidores, que desembarcaban en nuestras playas cargados de muchos apetitos bestiales, sembrando por doquiera el terrorismo espiritual: los actos de violencia, de codicia y de rencillas? Sí señor, Martí, los tiranuelos virreyales no solamente extrangularon el alma mexicana; hicieron imposible la existencia de una verdadera República. Cuando menos retardaron su aparición, así como los Dogmas de la Democracia, tal como se practican en el gran país, donde hoy residimos.

Maravillóse Martí durante las diferentes pláticas, de la precisión gramatical e idumática [*sic*] con que don Sebastián dominaba el inglés, que estudió y aprendió en menos de tres años.

—No debe asombrarse —explicaba al Libertador el Sr. Lerdo— quien lea a Thoreau, a Emerson, o a los clásicos del tiempo de Shakespeare [*sic*] o Marlowe, no puede menos sin esfuerzo labial el hablarlo.

Ya en la calle, después de la indispensable copita de coñac, Martí exclamó, abandonando por un instante su glacial talante:

Amigo don Adolfo: El Sr. Lerdo es un genio, pero como todos los genios, avasalla su espíritu el amor: ama con la furia de un Fausto, piensa con la profundidad de un Gibbon; y siente con la exquisita ternura de un Hamlet.

DOS SUPERMEN LATINO-AMERICANOS

En la conversación anteriormente narrada, a la cual tuve el privilegio de asistir, tanto el señor Lerdo como José Martí definieron claramente sus disímbolos temperamentos: exquisitamente emocional el del primero, gráficamente idealista y soñador el del último. Departiendo sobre el tema del Amor, don Sebastián decía al Libertador de Cuba:

El hombre que es amado por una sola mujer es favorecido de los Dioses; el que es amado por varias, es un Dios. Porque ellas tienen el instinto clarividente de los niños; aman solamente a quienes les interesa y fascina. El afecto conyugal fenece tarde o temprano; el colectivo, es inmortal.

El señor Lerdo hizo una breve pausa encendiendo otro cigarrito, que colocó esmeradamente en las tenacillas de oro:

Contaré a usted un episodio de mi vida cuando era un estudiante. En Jalapa me enamoré de una muchacha cuyos besos true nan aún en mi memoria. De la mañana a la noche, me dio calabazas, como decimos en México. ¿Y sabe usted por qué? Por no haber bebido el néctar que ella me brindaba con los ardientes ojos. ¡Ah, tenía razón Goethe cuando decía que una mujer puede sentir muchas veces, pero amar solamente una!

Al escucharle Martí, le miraba y remiraba agitándose inquieto en el amplio sillón acojinado. El patricio continuó con pupilas luminosas y rejuvenecidas:

Don Vicente Riva Palacio que con todo y su joroba y fealdad es en el fondo un libertino vulgar, me atacó crudamente en el *Ahuizote* acusándome de clandestinos e ilícitos amores. ¿Di por ventura ocasión a los escándalos? ¡Nunca! ¿Por solo el hecho de ser un célibe estaba yo condenado al suplicio terrible de un Abelardo? Y aquí mismo, en New York —concluyó el señor Lerdo encendido el rostro en byroniana cólera— ¿acaso no me critica la colonia Hispano-americana, por tener una que otra amigueta, que endulza las horas de una soledad catoniana?

Lo cierto es que el Sr. Lerdo, al igual de Mirabeau, ejercía irresistible fascinación sobre las mujeres que le correspondían a sus caricias con aleteos de mariposas que, sedientes, chupan los pétalos de una flor, cuyas aterciopeladas hojillas la noche ya envuelve en sus densas sombras. Porque Miss Haley, su dernier amour, era rica, educada y linda, una de esas acuarelas femeninas, pintadas por un rayo de luna en oriental tapicería.

Martí, empero, era el reverso de ese medallón bizantino; alentaba en su temperamento la austeridad de un anacoreta, el recato de una Vestal, la concentración meditabunda de un monje medieval. Cuba era el amor de sus amores, Cleopatra de las Antillas, a cuyos breves pies se arrodillaba. Vefía a las mujeres con desdén masculino, tal como si fuesen juguetes para divertir a los chiquillos y hacer pecar a los viejos. Hombre de acción, analítico y frío, pasábase las noches de claro en

claro, conspirando contra España para redimir la Isla. Los cubanos que por aquel entonces residían en New York, hacían befa de su apostolado, tal como nosotros los mexicanos, la hicimos del inextinguible Nicolás Zúñiga y Miranda. La única vez en que le vi emocionado, casi vertiendo lágrimas, fue al hablar de don Sebastián al día siguiente de nuestra visita al incorruptible estadista.

México —díjome en una ocasión— hará justicia con el tiempo a ese genio prodigioso, a ese Voltaire humanitarista que aspiró con el señor Juárez a cimentar en el hoy califato de los satélites del general Díaz, las instituciones democráticas, que son las únicas que pueden salvar al país de la gradual absorción yankee, que con insidia diplomática sigue la tortuosa línea del *destino manifiesto*; esa doctrina imperialista generada por el alma filibustera de Monroe, amenaza también a Cuba, tan luego como obtenga su independencia. Por eso yo he rechazado todo compromiso con ciertos elementos de Washington, que ven en el imperialismo el desiderátum político de la Perla de las Antillas. No, amigo mío —terminó Martí, golpeando furiosamente un libro con otro—, en menos de dos años Cuba tendrá en la Manigua cuarenta mil insurrectos bien armados y con ellos será más que suficiente para arrojar de la isla la horda de peninsulares que hoy ya tiemblan al oír los nombres heroicos de Antonio Maceo y Máximo Gómez. Y tendremos entonces sumo cuidado, chico, en no incurrir en los mismos errores en que incurrieron Céspedes y otros mártires de la libertad Antillana.

SU PERSONALIDAD EN LO FÍSICO, INTELECTUAL Y ESPIRITUAL

Al igual de don Agustín Pesqueira, Juan José Baz y otros leaders del Renacimiento Liberal Mexicano, don Sebastián descendía de una familia española, y era lo que en la época colonial llamábase un *criollo*. Blanco, de cara ovalada y líneas simétricas, parecía la evocación de un senador romano de los tiempos de Octavio o Augusto. De frente espaciosa, cejas arqueadas, ojos pardos y penetrantes y nariz breve, su serena faz reflejaba la energía en reposo, la sutil y analítica inteligencia en ebullición luminosa. De cuello corto y amplias espaldas, revelaba al hombre de salud, al *bon vivant* que gusta de los placeres de la mesa, cuidadoso de no abusar de ellos. Acogía a los extraños con serena cortesía, mas cierta reserva

rayana en frialdad, que reprimía en el visitante todo impulso de familiaridad. Era su voz cadenciosa y preciosa, y en los momentos de prueba, jamás la alteraba en ásperas inflecciones. Esmaltaba su amena conversación con anécdotas oportunas y chispeantes que hacían reír o meditar, por su mismo *sprit* o doctrinaria filosofía. En su trato con los demás era la galantería encarnada: un Chesterfield de irreprochables maneras y gallarda apostura. Al concluir un período o una sentencia, frotábase las aristocráticas manos, o bien se palmeaba con ellas las rodillas, dejando enseñar un anillo de esmeraldas en la izquierda.

Apuraba por día cuatro o cinco copitas de coñac francés y en la mesa opulento vino de Burdeos, o bien una botella de Jerez de la Frontera. Aborrecía los platillos americanos, deleitándole, en cambio, la cocina francesa. La casera de Lenox-House, de nacionalidad franco-canadiense, tenía un cocinero francés que condimentaba exclusivamente para él manjares apetitosos. Durante las tardes, si el tiempo lo permitía, echábase a andar, muy erguido, por la Quinta Avenida, con el bastón de puño de oro y guantes gris perla; al pardear de la tarde, tornaba al solitario hogar, encastillándose en su biblioteca, vestido de bata y chinelas japonesas. Y apenas si se sentaba, cuando surgía a su lado, cual Puck automático, el callado y discreto *valet*, con el frasco de coñac en la bandeja, escanciando luego en la copa el ambarino y fragante líquido. El mozo Higinio, al retirarse, lanzaba la flecha del Partho, llevándose el frasco a la boca, con ruido de alcantarilla desbordada. Habiéndole sorprendido cierta vez en ese acto de ratería hidráulica-báquica, pasóme los sedimentos del líquido, exclamando al limpiarse, con el reverso de la gigantesca mano:

“¡Oh, cómo suspiro por la Patria! Y ya que no tenemos pulque...”

Visto bajo el aspecto puramente intelectual, el señor Lerdo era más que un genio: era un coloso; como jurisconsulto, muy pocos hubo que le aventajaran, y la mejor prueba de ello es la de que el Foro Neoyorquino, sometió a su criterio lógico y sintético, muchos problemas de jurisprudencia, muy difíciles de ser clasificados, de acuerdo con el espíritu de las

leyes norteamericanas, con frecuencia ambiguas en sus conclusiones.

En filosofía era un estoico, aceptando no obstante, sin practicarlas, las [doctrinas] positivistas de Herbert Spencer, la de Kant y aún la Yoga de los budistas. En ciencias evolutivas admiraba a Darwin y a Haeckel sin admitir o rechazar de plano sus dogmas: entre Spencer y Sócrates prefería la lectura de este último; y refiriéndose a Platón, censuraba su *República*, considerándola como una utopía infantil.

En sus ratos de tedio y nostalgia, el eximio expatriado estudiaba y anotaba a Cátulo, cuyos versos pulsan con el aliento perfumado de una Frinea.

¿Sabe usted por qué admiro a Cátulo? Pues por el hecho de que fue el más humano de los poetas clásicos del paganismo. Su vida fue una perpetua luna de miel. Las vaporosas siluetas de sus amantes envuélvenle en un nimbo de infinitas voluptuosidades. ¡Cuántos corazones no hubo de flechar con su ira! En libertinaje, supera al Don Juan de Byron, y en picardía, al granuja Gil Blas de Santillana, creado por la fecunda imaginación de Lessage. Cada vez que le estudio me transporto en espíritu a la madriguera de sus devaneos lascivos [eróticos]⁶ dentro de la[s] que, tendido en pieles de tigre africano, besa y abraza a las ninfas, amparándolas de un Sileno de ojos verdes y fosforescentes que las persigue.

El señor Lerdo, tildado por muchos de ser irreligioso y ateo, fue a mi juicio un verdadero discípulo del Nazareno: quitábase la capa para cubrir la desnudez ajena; y el pan de la boca para alimentar al hambriento. Nunca condenó a las magdalenas, ni mucho menos santificó a las beatas, pues para él, unas y otras son dignas de compasión. Su *bête noire* era[n] el clero y el clericalismo, a los que flagelaba con lógica, inexorable y ática, así en sus conversaciones como en sus escritos.

Su autor privilegiado en literatura francesa era Rabelais, el creador de Pantagruel y de Gargantúa. Aludiendo a Víctor Hugo decía:

Sus libros sacuden en vez de inspirar; son como cataratas que aturden y relámpagos que ciegan.

Leyendo a Balzac, don Sebastián se enternecía, y al finalizar un día la lectura del Père Gori [*sic*] dijo suspirando:

¡Cómo celebro el nunca haberme casado! La tesis que sostiene el novelista francés en su libro, es idéntica a la desenvuelta por Shakespeare en su épica de King Lear!

Sin embargo, esa inteligencia supernatural sibilina, de la cual emanaban luminosos segmentos, hundióse en las sombras de eterna y lóbrega noche, lejos de los suyos y abandonado cruelmente por los suyos.

DESPEDIDA DEL RECLUSO. SALGO PARA EUROPA

Después de haber permanecido ocho meses en New York, y con la ayuda del señor Lerdo, embarquéme para España a principios de 1887, si es que mi memoria no me engaña la fecha.⁷

¿Qué futuro se le espera aquí sin hablar el idioma y ser refractario a las costumbres americanas? En regresar a México ya ni lo piense usted, pues el Sr. Díaz continuará en la farsa de reelegirse, o bien pondrá en la silla a su suegro Romero Rubio. Santa Ana solía retirarse o lo retiraban; mas no así el Tartufo oaxaqueño, de quien el señor Juárez decía:

—¡Ese hombre irá demasiado lejos si antes no lo ahorcan. Tiene dos armas que en nuestro país siempre cuentan: fusiles y lágrimas!

—Sí, váyase usted cuanto antes —continuó don Sebastián en tono vibrante—. ¿Cree usted que si fuese joven permanecería en este ambiente, donde el ruido tiene mayor fuerza que la idea, y donde el alma latina fenece o se marchita?

Pepe Martí fue a acompañarme a los muelles dándome varias cartas de presentación para sus amigos en Madrid, entre las cuales había una para el diputado a Cortes, el cubano señor Portuondo, que más tarde me sirvió de mucho.

Desembarcamos en Santander y por primera vez saboreé en el almuerzo, las afamadas sardinas asturianas, que se sirven frescas en todas las fondas. Al día siguiente, me trasladé a Madrid, y al cabo de visitar todos los rincones de la Villa del

Oso y el Madroño, presenté la carta de Martí al diputado Portuondo, que me recibió con suma amabilidad, prometiéndome el hablar con algunos de sus amigos, los periodistas madrileños, a objeto de que mis artículos sobre México fueran publicados. Tres días más tarde mi pluma obtuvo calurosa hospitalidad en el diario *El Liberal*, cuyo editor era colega de Portuondo. En mi primer artículo describí la situación política de México bajo la férula porfiriana, citando episodios de las brutales persecuciones de que estaban siendo víctimas los periodistas mexicanos. En el segundo editorial ocupéme extensamente de la Ley Fuga, que por aquel entonces principiaba a infundir pavora en todos los ámbitos del país.

Tal fue la sensación que esos artículos causaran, que las ediciones de *El Liberal* se agotaban desencadenando contra mí, asimismo, una tromba de insultos y denuestos, inspirados e instigados por el Gral. Riva Palacio, embajador de México en España por aquel tiempo. Muchos de los madrileños —los intelectuales— aceptaron mis escritos como verídicos; mas la gran mayoría, integrada por la burguesía comercial, calificólos de blasfemos, por tratarse de un tiranuelo que gozaba en España de inmerecidas simpatías. Riva Palacio se puso furioso mandándome llamar a su morada, que era una lujosa guarida donde ubicaba la Embajada. Por un acto de mera cortesía cumplí con los deseos del embajador, presentándome a las puertas de la Embajada, en las cuales se encontraban dos alabarderos de brillante librea y peluca gris, de majestuosa y gallega apostura, tal como si estuviesen dispuestos a degollar a cuantos entrasen.

Don Vicente me recibió sentado, dignándose apenas el mover la cabeza, y con la expresión olímpica de un *Roi Soleil*, dijome con voz enronquecida e iracunda:

—Le mandé llamar para amonestarle por primera y última vez. ¿Sabe Vd. que es un acto de traición lo que está usted haciendo? ¿A quién se le ocurre, sino a un loco, el injuriar a su propio país y a sus dignos gobernantes en el extranjero?

—General —le respondí sentándome—, México no es Porfirio Díaz, y los hechos que estoy dando a luz nadie, ni usted mismo, se atrevería a negarlos.

—¡Cállese! —me gritó levantándose, temblándole los lentes en sacudimientos de impotente cólera. Su corcoba de Rigoletto, avanzaba amenazadora, cual la cresta de un gallo que se ve al espejo y poco faltó para que cayera muerto víctima de un ataque apoplético y de su imaginaria grandeza.

Pasado el síncope, el ilustre diplomático serenóse un tanto cuanto, excusándose por la violencia de su lenguaje; más firme en su resolución de que yo cesara de escribir en la prensa madrileña.

—Si usted insiste —concluyó el ex-republicano—, mejor dicho, si usted reincide, me veré obligado a conseguir que se le expulse de España. Si quiere usted escribir contra nuestras dignas autoridades, ¿por qué no regresa a México? Yo le pagaría gustoso los gastos del viaje.

Y también los del funeral quize [*sic*] decirle; más me contuvo la seriedad cuasimódica del eximio diplomático y la presencia, además, de uno de los alabarderos que aparecía en esos momentos en el recinto del ilustre Embajador. Entró también el señor Icaza, que ostentaba gallardamente en el ojal una enorme rosa de Parma. Apresuréme, como era natural, en declinar la generosa oferta del exredactor del *Ahuizote*, retándole a que usara de toda su influencia oficial y oficiosa, en perseguirme. Pero no pudo lograrlo por más que hizo; empero, intrigó en lo que le fue posible para que los diarios madrileños no aceptaran mis artículos, que bajo el epígrafe de *El Zar Azteca* continuó dando a luz *La Iberia Ilustrada*, órgano de los republicanos, dirigidos por el diputado Hernández Mallorca.

Riva Palacio, judicialmente, denunció dos de mis artículos, hostilizándome lo suficiente para hacerme salir de España y emigrar a Francia. El señor Portuondo me habilitó con fondos para emprender el viaje, dándome una carta para el director de *El Intransigente*, Enrique Rochefort, cuya acerada pluma había cooperado tanto a la ignominiosa caída de Napoleón *le petit*, y en esa hoja viril continué mi campaña contra el dictador, que había logrado silenciar todas las bocas e intimidar todas las conciencias. Cuando referí los episodios

macabros de Veracruz, aquello de *mátalos en caliente*, un sacudimiento de horror hízose sentir en todo París, dando motivo a que el doctor Ramón Fernández, ministro de México en Francia, en aquella época, publicara contra mí en *El Figaro*, una carta procaz que goteaba ajenco en cada una de sus frases tabernarias y espirituosas. Huyendo pues de las zarpan enguantadas de un Rigoletto agazapado en Madrid, fui a caer en las garras de un Cavour, que agonizaba de *delirium tremens*.

AVES DE PRESA

En Madrid procuró refutar mis artículos en el periódico *La Época* un llamado don Telesforo García, asturiano y que había casado con una hermana de Vidal Castañeda y Nájera. A semejanza de Íñigo Noriega, García se radicó en la Ciudad de México, habiendo llegado en calidad de dependiente de una tienda [de] abarrotes. Tenía ese aventurero cara de tecolote, y sus espesas patillas remedaban el plumaje de esa ave nocturna. Andando el tiempo, Porfirio Díaz, que reverenciaba a los peninsulares, dióle la concesión del vestuario del ejército, acumulando con esto una fortuna de millones. Su *modus operandi* fue descubierto durante una parada militar verificada un día 5 de Mayo. Todo un batallón que marchaba a la una de la tarde por las calles de Plateros y de San Francisco, detúvose bruscamente no obstante el repetido tamborileo de los tambores, y las quinientas plazas que lo formaban, sentáronse a media calle, con los rifles a la funerala, a la vez que las señoras que asistían desde los balcones al desfile, se llevaban los pañuelos a la cara cubriéndose los ojos horrorizadas. ¿Qué había pasado? Lo siguiente: en vez de que el contratista cosiera los uniformes, sencillamente fueron pegados con engrudo, precipitándose un cuadro adanesco, originado por los ardientes rayos del sol de mayo.

Ese don Telesforo entraba y salía de los ministerios como Pedro por su casa, y a la presidencia con la arrogancia de un ministro favorito. Con dineros de la nación suministrados por el intelectual retroactivo señor Díaz, García fundó el diario

La Libertad, en el que figuraron como redactores Santiago y Justo Sierra, Manuel Gutiérrez Nájera, Francisco Cosmes y otros ya desaparecidos. En esa empresa periodística don Telesforo se embolsaba mensualmente cuarenta o cincuenta mil pesos de puras ganancias. Fue a España con el objeto de comprar un título nobiliario, pagando diez mil pesos por el de Conde de Puma y Puma, perteneciente a una vieja familia asturiana.

Otro picaro conocido por su ingenio y su desvergüenza, amigo también del dictador y su agente secreto en la *Ville Lumière*, respondía al nombre de Jorge Carmona, y ocupaba suntuoso palacio en la Avenida Hoche, que había adquirido en dos millones de francos. Carmona había sido un tahir sonorense que después se casara con la viuda de Béistegui, afamada por sus riquezas. Y apenas enlazado, fué a radicar a París, adquiriendo también un título nobiliario italiano, el de Marquês [sic] de San Basilio. Hube de conocerle en la Ciudad de México cuando ofreciera un banquete a los periodistas en el Tívoli del Elíseo. Era un hombre de color bronceado, ojos pardos, bigote negro y estatura mediana y recia.

A fin de ahuyentar la nostalgia que me devoraba, estuve una mañana a verle. Radicaba su mansión cerca del Arco de la Estrella. Se hallaba la puerta a medio abrir, y en la hoquedad, erguíase la imponente silueta de un lacayo, vestido en flamante librea, roja y [a]zul celeste. Su figura resplandeciente encandilaba y aturdía, cual si uno estuviera en presencia de una constelación desgajada de otro planeta.

—¿Está aquí el señor Carmona? —preguntéle respetuosamente, temeroso de que se evaporara en un carro de fuego.

Miróme altiva y desdeñosamente de pies a cabeza, y agitando un pañuelo de encajes que exhalaba perfumes exóticos, respondiómeme bruscamente:

—¡Monsieur Le Marquis se encuentra fuera!

Y luego, con la majestad de un monarca, a quien interrumpen la siesta, volviómeme la churrigueresca espalda, continuando inmóvil y rígido en su puesto. Mas en los momentos de retirarme, una risotada mefistofélica rasgó los aires, y elevando la vista, distinguí la faz tudesca del señor Carmona, que asoma-

ba por un postigo, invitándome a que entrara en su antro aristocrático.

Vis a vis, sentados al frente de una mesita, nos sirvieron un *lunch* humedecido con excelentes vinos. Era un hombre sin educación y sin maneras; mas como *raconteur* no tenía precio. Las anécdotas vulgares y de leperuna crudeza borboteaban de sus gruesos labios, algo como perlas brotadas de un estercolero. De su sátira pujante ni él mismo se escapaba, deleitándose en referir anécdotas sobre la vida y hechos de su ídolo Porfirio Díaz, a quien en lo íntimo de su burda conciencia despreciaba.* Era un cínico que había rodado mucho, acumulando al rodar cicatrices y arenitas de oro. De haber nacido en los tiempos de los Médicis, habría sido un *condottieri* o un espadachín surgido de las turbulencias de la Fronda.

Dos años más tarde volvió a México, ocupando una curul en el Congreso de la Unión, mediante la influencia del señor Díaz, quien transformó a muchas bestias en hombres y a muchos hombres en bestias. Como buen oportunista, tuvo ocasión de ser el mentor de Rosendo Pineda y de los hermanos Macedo, y aún se dice que él fue el primero en llamar *científicos* al circulillo de buscones que rodeaban como chapulines en sementera al Calígula oaxaqueño.

VUELVO A LOS ESTADOS UNIDOS

Para un bohemio latino-americano, la lucha por la existencia es, en París, menos dura que en cualquiera otra metrópoli europea, tales como Madrid, Londres o Berlín, en todas las cuales yo residí transitoriamente. Es que allá predominan los estudiantes y viajeros procedentes de México, Centro y Sud-América, quienes además de ayudar a sus compatriotas directa o indirectamente, unificanse entre sí, constituyendo una plástica fraternidad que se amolda a todas las situaciones y contingencias. En todos los boulevards, especialmente a lo

* Véase a ese respecto mi libro *El Marquez de San Basilio*, publicado en Barcelona en 1890.

largo del de los Italiens, abundan los cabarets, restaurantes y brasseries, en los cuales se congregan, diríase que atumultan, mexicanos, chilenos, centroamericanos y argentinos, quienes al verse por primera vez simpatizan entre sí, creando perdurables amistades.

En el café de Madrid, que yo frecuentaba, conocí y traté a mi amigo y paisano don Miguel Hidalgo y Terán, cuyo padre fue Chambelán de Maximiliano. Él estudiaba entonces en la Sorbona y residía en las cercanías del parque de Monceau. Poseedor de una gran fortuna, generoso y bueno, ofreciéndome desde luego el ayudarme para emprender mi viaje de regreso a los Estados Unidos, llevando su bondad hasta el extremo de acompañarme hasta El Havre, donde me embarqué para Nueva York, con el propósito de irme hasta San Francisco, California. Al desembarcar en el primero de dichos puertos (1899) recibí la sensible noticia de la muerte del ilustre señor Lerdo, quien falleció abrumado por la tristeza amarguísima del destierro, y más que todo, por la ingratitud de los que él consideraba como sus amigos y correligionarios. Antes de abandonar a New York, acudí conmovido al cementerio de Greenwood, depositando un modesto ramillete de inmortales, en la tumba humildísima del venerado Patricio, apenas perceptible en aquel mare-magnum de túmulos marmóreos, sombreados por marítimos cipreses y pinos de doliente ramaje.

Llegué a San Francisco por la vía del Union Pacific, buscando desde luego el barrio mexicano, que antes del terremoto de 1906, abarcaba parte de las calle de Dupont, New Montgomery y Vallejo. El órgano intelectual de la colonia era entonces el periódico *La Sociedad*, editado por un borrachito de luenga barba que se llamaba Epson. Tenía el nombre de semanario, mas se publicaba solamente el 5 de mayo y el 16 de Septiembre, y era cuando el director se retiraba de las parrandas. Por aquella época era cónsul de México un señor Alejandro K. Koney [Coney], y el vicecónsul Gustavo Levi, ambos de raza israelita.

Lo primero que hice fue leer colecciones de periódicos mexicanos para enterarme de la situación política de mi país,

que continuaba empeorando bajo el punto de vista moral, intelectual y político. El tacón de la bota del Dictador oaxaqueño aplastaba el cuello ensangrentado de la Virgen de Anáhuac, bailando las impúdicas cortesanas en el altar de la Patria. Miles de incensarios agitábanse en manos de forajidos de levita y uniforme, obscureciendo con su humo pestilente la opinión pública. Y al travéz [sic] de ese incienso veíanse los fogonazos, de las carabinas descargadas por los cuadrilleros de la Hermandad Porfiriana, al aplicar la *Ley Fuga*. Había surgido también de las sentinas de la burocracia y la burguesía *un círculo de amigos del General Díaz*, que habían formado una especie de anillo de los Liebelungen en torno del paternalista Dictador: de hecho, México estaba de rodillas ante el ídolo de cieno y bronce.

Esperanzado en sacudir a la Nación de ese lacayuno letargo, de ese ignominioso servilismo que permeaba en todas las clases sociales, púseme en contacto con Filomeno Mata y otros compañeros en ideales que vagaban a salto de mata en los matorrales de Texas y Arizona. Dirigí una carta al general y doctor don Ignacio Martínez, enemigo personal del dictador, y que entonces publicaba en Laredo un semanario llamado *El Mundo*. El general me contestó instándome a que escribiera una serie de artículos en su hoja independiente y agresiva, dejando a voluntad mía el tema de esos artículos, sin más limitación que las esenciales para escapar a las leyes del libelo, que en los Estados Unidos son duramente penadas.

Ocurrióseme *sur le champ*, el dar a mis escritos un cariz histórico y literario, resolviendo el hacerlo aparecer como emanados de la pluma revestida de cierta autoridad y prestigio, bautizándolas con el nombre de: "Memorias inéditas de Don Sebastián Lerdo de Tejada". Tres semanas después de haber mandado a *El Mundo* el primer artículo, recibí un telegrama del general Martínez dándome sus más entusiastas felicitaciones, instándome a que continuara con idénticos bríos, pues que mis memorias habían causado honda sensación en todo México, opinando muchos que eran apócrifas; mas despertando en todos lo mexicanos vivísimos deseos de leerlas, pues que se entablaron reñidas polémicas, sobre los orígenes

de la audaz, si bien oportuna publicación. Como resultado, las ediciones de *El Mundo* se agotaban, entrando a México clandestinamente muchos de sus números. Numerosos individuos fueron perseguidos y aun fusilados, por el solo hecho de haberseles encontrado en su persona ejemplares del mencionado periódico. Como recompensa de mi atrevida colaboración, Martínez me asignó la suma de diez dólares [sic] semanarios, que me sirvieron de mucho en los momentos más críticos de mi tormentosa vida.

Y ya estaban las "Memorias" para concluirse, cuando aconteció el proditorio asesinato del editor de *El Mundo*, general Martínez, crimen infamoso, instigado, según se dijo entonces, y la Historia no ha desmentido, por el general Bernardo Reyes, a quien Martínez fustigaba de continuo con el apodo del chacal de Nuevo León. El general Martínez, que residía en Laredo ejerciendo su profesión de médico, fue visitado una noche por un ranchero, suplicándole que fuese a ver a su esposa, que se hallaba en cama y moribunda. Sin vacilación ninguna, y ajeno a toda sospecha, el doctor subió a su carretela, guiado por el suplicante, que iba a caballo. Como a cinco millas fuera del poblado, destacóse de las sombras un grupo de jinetes, que partiendo en dos alas, rodearon el carruaje de la víctima, haciendo sobre él nutridos disparos de carabina, que le dejaron muerto en el acto y acribillado a balazos. Consumado el crimen, los esbirros alejaronse al galope con dirección al río, cruzando después por un vado a territorio mexicano.

Entre tanto, la esposa del general Martínez, que en su modesto hogar esperaba ansiosa el regreso del amante esposo, salió al jardín al oír pasos de caballo que se detenían a su puerta, creyendo que el doctor volvía. Mas al acercarse a la carretela vio con asombro que su marido, en cuyas manos descansaban todavía las riendas, permanecía inmóvil y mudo, sin corresponder a sus alborozados saludos. Era su cadáver el que había llegado, conducido y guiado al hogar, por el instinto de su cabalgadura.⁸

Y no se enfriaba aún el cadáver del amigo, cuando la viuda sin consentimiento mío, publicaba las "Memorias" en forma

de folleto, sin hacerme partícipe del usufructo. Menciono el hecho simplemente para demostrar que no solamente la infortunada viuda, sino que muchos editores no tuvieron escrúpulos en robarme de mi labor intelectual, importándoles bien poco mi precaria situación en el extranjero. Mas en vez de quejarme, aprovecho aquí la oportunidad de dar las gracias a esos buenos y malos ladrones, quienes al menos, si bien mecánicamente, contribuyeron al triunfo de la revolución constitucionalista, diseminando por espíritu de medro, las *Memorias de Don Sebastián Lerdo de Tejada*, que fueron algo como el Evangelio que despertara las incipientes cóleras de la juventud revolucionaria, las que hubieron de estallar en el año memorable de 1910.

EPÍLOGO

Queriendo hacer conmigo en los Estados Unidos lo que se había hecho en México, quedando burlado en sus esfuerzos, Días [*sic*] dio órdenes telegráficas a sus esbirros en San Francisco, para que me persiguieran acusándome del delito de libelo, ya que mi extradición no había sido lograda. Obedeciendo a la consigna de su Jefe, Alejandro K. Coney, que fungía por aquel entonces con el carácter de Cónsul de México en el puerto californiano, procedió a demandarme, obteniendo una orden de arresto, contra mí firmada por el juez Campbell.

Con la idea de humillarme, el aventurero Coney dio una onza de oro al policía encargado de mi aprehensión a objeto de que me pusieran esposas en las manos, afrenta que solamente se inflige a los grandes ladrones o asesinos; más esencial era el escarnecerme, presentándome ante el público americano como un mo[n]struo de maldad. El polizonte, agradecido con la propina, condújome triunfalmente por las calles de Montgomery y Broadway, hasta llegar a la cárcel. Por fortuna para mí el acaudalado mexicano don Wenceslao Loaiza, que me profesaba estimación, apresuróse a darme una fianza por mi libertad provisional, entre tanto se veía la causa ante los tribunales respectivos.⁹

Por supuesto que fui absuelto desde luego, acto que desató la cólera del ídolo Zapoteca, cuya negra mano, tenía él la ilusión de que alcanzaría hasta los muros mismos de la Casa Blanca. Mas en vano se derrocharon los fondos nacionales para perseguirme, consolándose el Dictador en chascar su látigo a su prensa para que no diera tregua en difamarme y calumniarme. Apelóse entonces a otros medios de revancha; a la dádiva unas veces; al veneno en muchas. Cierta ocasión [*sic*] el capitán de un buque mercante anclado en la bahía y con derrotero a puertos mexicanos, procuró hacerse amigo mío frecuentando con ese propósito el restaurant Luna, donde yo comía, situado en la calle de Dupont, muy cercano a los muelles; esa fonda era un lugar estratégico para el logro de las siniestras miras que el capitán Herman alentaba contra mí, pues se le había prometido una suma cuantiosa, de dinero, si conseguía a la Picaluga, el llevarme a su buque con engaños, y más tarde entregarme a los agentes porfiristas, en el primer puerto mexicano que su embarcación tocara. El señor Luna, empero, sorprendió el complot, en una de las conversaciones que el capitán tuviera con uno de sus cómplices, poniéndome al corriente de sus más mínimos detalles. Y de esa manera puede evitar la celada.

Un domingo estuvo a verme en el lugar donde yo residía el diputado don Manuel Sánchez Facio, mostrándome una carta del señor Romero Rubio, en la que se me ofrecía que, si yo regresaba a México, el gobierno me daría, no solamente toda clase de garantías, sino además un empleo retributivo, que se dejaba a selección mía. Fue la trama tan burda y brutalmente estúpida, que desde luego pude palparla, aunque no así Sánchez Facio, que al prestarse a servir de Agente, hizolo con entera buena fe.

Agotados pues todos los medios para extinguirme con más o menos impunidad, procuróse matarme moral o intelectualmente, escarneciendo mi nombre en el periodismo de propina, echándoseme encima todos los reptiles que salían arrastrándose del fondo de los tinteros, con el solo propósito de mordirme y de mancharme. Distinguióse en esta heroica faena, el diario *La Libertad*, editado por el intelectual de alpargata

don Telesforo García, protegido y favorito del César Oaxaqueño. Y aún los mismos que fueron mis amigos, como Manuel Gutiérrez Nájera y Juan de Dios Peza, envilecieron su talento atacando al ausente. Mas ellos no son de culparse, pues en aquella época, pesaba más el estómago que el cerebro. Por eso Rabelais, al crear al gigante Gargantúa, para que fuese honrado y virtuoso, lo hizo todo vientre y tripas, olvidándose ponerle sesos. Pensaba para comer, y comía para pensar.

EL GÉNESIS DE LA REVOLUCIÓN CONSTITUCIONALIST[A]

Cuando Francisco Madero recorría los pueblos de la frontera del Norte predicando las doctrinas de la verdadera democracia, tuvo tiempo para dirigirme una carta en la que me decía, refiriéndose a mi libro:

Por doquiera que voy llevo conmigo las *Memorias de Don Sebastián*, cuyos capítulos he leído sin cansarme nunca y siempre deleitado. No solamente yo, sino que también los jóvenes que me acompañan en mi gira [*sic*] redimista. Yo opino que ellas, como el *Contrato Social de Juan Jacobo Rousseau*, en Francia, han servido de ariete para debilitar el poder centralista del General Díaz. Y aunque por aquí está prohibida su circulación, los pocos ejemplares que hay son pasados de mano en mano. Me permito felicitarlo.

Mucho antes de ese incidente y a raíz de la publicación de las *Memorias*, el joven revolucionario Catarino Garza,¹⁰ que editaba un periódico opositor en Del Río, Texas, estuvo en San Francisco con el único objeto de conferenciar conmigo y que yo le escribiera una Proclama Revolucionaria para entrar a México y lanzar el guante, con fuerza armada, al odiado Dictador. En lo personal, confesóme que las *Memorias* habían causado sensación a lo largo de la línea fronteriza, y que muchos de los jóvenes expatriados se disponían a cruzar el Río, siguiéndolo en su bélica aventura. Días después, Catarino Garza puso en práctica su audaz proyecto, invadiendo a México en las cercanías de Eagle Pass. Y aunque fue derrotado y la prensa reptilina calificó de filibustero ese movimiento,

tuvo no obstante la suficiente fuerza para inquietar el sueño neroniano del ogro de Chapultepec, que descansaba en un lecho de flores, arrullado por los trinos de los zenzontles que anidaban en la Tesorería Nacional.

No son esas *Memorias* un documento literario, atildado y pulido, ni mucho menos glosario anecdótico e histórico a la Casanova, sino simplemente el gesto de las clases intelectuales, bajo la careta aterciopelada de un ilustre patricio que oculataban con sarcástica risilla, los sollozos de todo un pueblo humillado y escarnecido. Al escribir este folleto encontrábame yo en plena juventud y obligado a pasar los mejores años de mi vida fuera de mi país, de mis afectos y de mis amigos. Como era de esperarse, mi pluma, más que en tinta, empapada en ácido fénico, pues antes de dilapidar a los idolillos políticos, era preciso el fumigarlos y desinfectarlos. Tarea hercúlea fue para mí en esas *Memorias*, pues que hube de posesionarme de su estilo y sus manierismos, tal como si emanaran de su docta, madura y privilegiada inteligencia. En ese *tour de force* creo haber tenido éxito completo, pues al principiar su publicación, todo el mundo creyó en la autenticidad de las *Memorias*, aun el mismo Manuel Romero Rubio, compadre y ex-ministro de don Sebastián.

Mas cuando el enigma hubo de ser esclarecido, ya el libro había ocasionado una *debacle* en el organismo porfiriano, que al partir de esos momentos, comenzó a desintegrarse, herido de muerte por el arma del ridículo. Decíame una vez don Nicéforo Zambrano, en un tiempo gobernador de Nuevo León, que en Monterrey, las familias, al reunirse en tertulias, saboreaban la lectura de las *Memorias* recitando los capítulos más descollantes. Uno de los primeros que las hizo conocer en Sonora, fue el joven revolucionario don Roberto Pesqueira, quien tanto luchara más tarde por el triunfo definitivo de la revolución constitucionalista. Refiriéndose a ese grito de rebelión, decíame no hace mucho el joven diplomático Sr. A. P.:

Esas "Memorias" fueron para nuestro país lo que el Uncle Tom Cabinet [*sic*] fue en los Estados Unidos; éste emancipó a los negros; aquéllas, pusieron el rifle en hombros del pueblo.

Empero, parece que a la generación moderna ha escapado ese hecho importantísimo, y por eso hoy paso a recordárselo, publicando una edición especial de esa obra, que solamente hubo de ser posible gracias a la siempre bondadosa deferencia del licenciado Aarón Sáenz, que fue uno de los jóvenes revolucionarios de abolengo y actualmente desempeña el encumbrado puesto de secretario de Relaciones en el gabinete del señor presidente Calles.

Diré para concluir, que el actual gobierno emanado de la revolución constitucionalista, bueno y justiciero, y modernísimo en todas sus manifestaciones, procederá gradualmente a erigir un monumento en el Paseo de la Reforma al benemérito don Sebastián Lerdo de Tejada, quien, con la fuerza de inercia de su destierro, por decirlo así, causó indirectamente el hundimiento de un régimen caduco y gangrenado, nacido en la sedición, alimentado por las traiciones y robustecido por el terrorismo de la Ley Fuga.

NOTAS DE STANLEY ROSS

¹ Se refiere a la entrevista concedida por Carrillo a Fernández Cue, y a la réplica de Puga y Acal. Ver notas 10 y 12.

² Carrillo fue arrestado en julio de 1885, acusado de sedición, cargo basado en sus escritos de prensa relativos a la conversión de la deuda inglesa. El 21 de septiembre fue sentenciado a siete meses y quince días de cárcel y al pago de una multa por \$ 300.00. No obstante esto, Carrillo habla posteriormente de varios encarcelamientos que duran desde tres meses hasta dos años. Estos cinco meses de cárcel representan aparentemente el único castigo sufrido por él de manos de las autoridades de Díaz. R. GARCÍA GRANADOS, *Historia de México...*, I, 243-247; *El Tiempo*, 8, 10, 15, 19 21 de julio, 12 y 21 de agosto, 7 y 8 de octubre, 3 y 11 de noviembre 1885; ASGRE, Expediente I/131/437, Legajo I, f. 11; Legajo II (1914 a 1918), núm. 238.

³ En otros informes, Carrillo dice que fue llevado a La Habana por el "Alexandria"; Puga y Acal, admitiendo no tener conocimiento de la "expulsión" de Carrillo, declaró que sabía que don Delfín Sánchez dio al periodista suficiente dinero para el viaje. ASGRE, expediente I/131/437, legajo I, f. 11, *Excelsior*, 15 de marzo 1926.

⁴ Puga y Acal duda que Lerdo haya favorecido y ayudado a Carrillo; sin embargo, el único argumento que aduce es el de que Lerdo "era un perfecto caballero, que no quería ni oír hablar de México y que era inca-

paz de pagar una pluma mercenaria para que injuriara y calumniara a quienes lo habían derrocado". *Excelsior*, 15 de marzo 1926.

⁵ Puga y Acal duda que Martí haya recibido a Carrillo con los brazos abiertos o le haya ayudado, ya que el héroe cubano "era buen amigo de todos los redactores de *El Partido Liberal* (órgano del ministro de Gobernación Romero Rubio), corresponsal de este diario en Nueva York y protegido de don Manuel Romero Rubio". Sin embargo, estas circunstancias pudieron no haber impedido que Martí haya favorecido a un exilado.

⁶ Las palabras y letras entre paréntesis representan diferentes lecturas de trozos contenidos en un segundo bosquejo de esta página. ASGRE, expediente I/131/437, legajo III, f. 179 y 195.

⁷ Puga y Acal negó que Carrillo hubiera ido a Madrid, París y Londres, porque "yo anduve por allá en esa época y no encontré rastros de Carrillo". *Excelsior*, 15 marzo 1926. Mientras los informes de Carrillo contienen notables omisiones e inexactitudes y ha sido imposible para este escritor autentificar sus actividades, la certeza de un viaje a Europa es incontrovertible. En los primeros meses de 1886, Carrillo se encontraba en Nueva York, donde escribió una serie de artículos sobre la vida estadounidense; sin embargo, a mediados de abril estaba en San Francisco, California, comprometido en actividades de prensa antiporfiriana. El 16 de agosto de 1886 el cónsul Coney informa que Carrillo, con su consejero económico, embarcó días antes a bordo del San Blas, rumbo a España. En febrero de 1887 se encontraba de regreso en Nueva York; el 1º de marzo se informa su llegada a La Habana, procedente de Nueva York. El 17 de mayo de 1887, el periódico de La Habana, *Diario de la Marina*, atestigua que Carrillo salió a bordo del Antonio López rumbo a España (Santander), con un pasaje que gratuitamente le concedió la Compañía Trasatlántica. En enero de 1888, el cónsul Vásquez informa al gobierno mexicano del regreso de Carrillo a Cuba. Informes sobre sus diferentes actividades en la isla continúan hasta mayo de 1888. *El Tiempo*, 26 de enero, 4, 12 y 28 febrero, 24 y 30 de marzo, 3 de abril, 12 de mayo 1886; AGSRE, expediente I/131/437, legajo I, f. 7, 16, 52-54, 91, 116, 119, 121, 126-129, 131-133; *La Voz de México*, 25 febrero 1887.

⁸ El general Martínez fue asesinado el 2 de febrero de 1891 en Laredo.

⁹ El 30 de diciembre de 1888, el *Morning Journal*, de Nueva York, aseguró que un exilado mexicano en Nueva York recibió una carta de un amigo suyo en San Francisco describiendo el estado difícil por el que atravesaba Carrillo y pidiendo ayuda para él. La carta atestigua que Carrillo fue arrestado en el mes de noviembre acusado de difamación al gobierno de Díaz, sujeto a la indignidad de ser conducido maniatado por las calles de San Francisco. En una carta a *El Mundo*, 23 de noviembre 1888, Carrillo da un informe detallado de su caso.

¹⁰ Entre 1890 y 1892, el cabecilla Catarino Garza incursionó desde la frontera de Texas al territorio mexicano.